

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
2001

20 AÑOS DE
NUESTRA SOCIEDAD



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

Editor:

Agustín Squella

Asistentes del Editor:

Aldo Valle, Joaquín García-Huidobro y Claudio Oliva

Comité Consultivo:

Albert Calsamiglia (†) (Barcelona), Elías Díaz (Madrid),
Enrico Pattaro (Bologna), Miguel Reale (Sao Paulo),
y Rolando Tamayo (Ciudad de México).

Consejo Editorial:

Antonio Bascañán, Enrique Barros, José Joaquín
Brunner, Humberto Giannini, Alfonso Gómez-Lobo,
Jorge Iván Hübner y Máximo Pacheco.

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
2001

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 19
2 0 0 1

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Austral de Chile, Católica de Valparaíso, Católica de Temuco, de Concepción, de Chile, de los Andes, Internacional SEK, del Mar, Diego Portales, de la República, y de Valparaíso.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval", se llevó a cabo la impresión de esta obra.

©
Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

I. S. S. N. - 0170 - 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso
E-mail: edeval@uv.cl

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2001

20 AÑOS DE NUESTRA SOCIEDAD

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL.



¿CRISIS DE LAS IZQUIERDAS Y DERECHAS O NUEVAS
FORMAS DE IDENTIDAD POLITICA?

JUAN SANDOVAL MOYA *

Resumen

En el presente ensayo se propone un análisis del fenómeno de crisis de las izquierdas y derechas y su recompreensión desde una visión no esencialista de las identidades políticas. Se propone que la crisis de los referentes ideológicos de las categorías de identidad no debe representar una negación del sentido confrontacional de lo político, sino ofrecer la oportunidad de pensar los espacios de conflictos actuales desde las claves culturales de la transitoriedad, la hibridación y el cambio. Se concluye que la discusión política contemporánea debe estar centrada en una perspectiva no esencialista de las categorías subjetivas y culturales involucradas en la identificación de los nuevos referentes de la confrontación política.

Palabras claves

Identidad política, ciudadanía, conflicto político.

Si las ciudadanías renovadas son la piel de nuestra delirante temporalidad, el problema consiste en averiguar durante cuántos minutos la mantendremos como ropaje.

César Cisneros

*La identidad es teatro y es política,
es actuación y acción.*

Néstor García Canclini.

* Psicólogo, Universidad de Valparaíso-Chile. Doctorado en Psicología Social, Universidad Complutense de Madrid, España.

Introducción

Cuando en agosto de 1789, en Versalles, se inauguró la práctica política como confrontación entre izquierdas y derechas a partir del agrupamiento coyuntural de dos bandos en torno a la representación del poder, nadie imaginó que esa circunstancial ordenación ante un conflicto devendría en la fundamentación teórica e identitaria de la acción política moderna. Desde este hecho inicial, las categorías de izquierdas y derechas se han ido cosificando y naturalizando en la subjetividad política contemporánea, hasta establecer la idea de sentido común que constituyen la base ontológica de la acción y el conflicto político.

Esta noción fuerte de las izquierdas y las derechas como fenómenos cuasi naturales se estableció como esquema político dominante a partir de su correspondencia ideológica con la dicotomía socialismo-capitalismo. El conflicto político propio de la modernidad se estableció a partir del clivaje ideológico de clases, subsumiéndose en él toda la multiplicidad de formas de ser y sentir, constituyéndose en unidades de identidad fundamentales del sujeto moderno. En esta "polis" contemporánea, fundada en la dicotomía entre izquierdas y derechas, los argumentos políticos se construyen a partir de la apelación sistemática a una normatividad narrativa que está siempre, por definición, fuera de las coyunturas específicas del conflicto, apareciendo la política como la contraposición de grandes versiones transhistóricas: la tradición en la derecha para oponerse a las reformas agrarias, las fuerzas de la historia en la izquierda para pactar o no con los partidos reformistas, constituyen ejemplos de cómo la naturalización de las categorías políticas estableció una ordenación del mundo desde fuera de las prácticas reales y específicas de la cotidianidad.

A partir de los eventos políticos de 1989 (1) se anuncia desde distintos lugares ideológicos la crisis de la dicotomía entre izquier-

1. Sin duda existen importantes desarrollos de crítica hacia la categoría de izquierda política al interior de la tradición marxista desde la misma Revolución bolchevique (R. De Luxemburgo, A. Gramsci o la Escuela Crítica

das y derechas, emergiendo múltiples debates en torno a la comprensión del incendio cultural que se ha declarado en el mundo a partir de la crisis del imaginario de la revolución, aquel sueño ilustrado de la acción intencional y consiente destinada a la redención de las mayorías por medio de la práctica coherente de sujetos colectivos. Sin embargo, la naturalización y fijación de las categorías políticas durante la confrontación ideológica del siglo XX ha llevado a que se pierdan los sentidos originales de las izquierdas y las derechas, permitiendo la instauración de la creencia de que la crisis del socialismo traería consigo la pérdida del debate y la confrontación natural de la política, pasando a ser reemplazado por un nuevo sistema de lenguajes en el cual la política se reconstruiría desde las nuevas categorías del mercado, la técnica y las comunicaciones.

Este tiempo de la vertiginosa vida posmoderna en donde efectivamente se han diluido las categorías fuertes sobre las cuales se construyó el lenguaje de las izquierdas y las derechas, trae consigo nuevas reglas del juego, y con ello nuevos referentes para construir las identidades desde las cuales realizar las prácticas políticas. Por esto, en este tiempo en que se anuncia la muerte del sujeto y la disolución de los fundamentos esenciales que sujetan a los protagonistas de la política, resulta relevante problematizar la significación real de la crisis de las izquierdas y las derechas en los pequeños grandes relatos desde donde se están recreando los conflictos políticos contemporáneos, que probablemente en otras épocas hubieran sido un ejemplo del debate entre izquierdas y derechas.

La crisis de las izquierdas y las derechas

Las categorías de izquierda y derecha constituyen en sentido estricto puntos de referencia coyuntural, fijados en discursos y prácticas específicas en la oposición básica del conflicto político. No constituyen recipientes estáticos de ideas y discursos que perduran a tra-

de Franckfort constituyen con seguridad los más destacados ejemplos), sin embargo, es sólo a partir de la década de los '80 cuando se instala en la conversación social cotidiana y el debate público de la mayoría de las sociedades desarrolladas, el fenómeno de que las nomenclaturas clásicas de la identidad política moderna estaban en crisis.

vés de la historia, sino que se definen como prácticas en constante cambio. No cabe duda que los referentes ideológicos clásicos sobre los cuales se compuso el discurso socialista están en crisis comunicacional desde el fin de los regímenes de Europa del Este, sin embargo, ¿por qué sostener que están en crisis las categorías de izquierdas y derechas y no simplemente en proceso de transformación a otros referentes de oposición política?, y ¿Por qué a partir de la crisis ideológica de la izquierda socialista se pone en cuestión la legitimidad de la práctica de oposición y actuación política?

En 1995 Norberto Bobbio, publicó un importante texto con el objetivo de defender la relevancia y sentido de la distinción entre izquierdas y derechas en la sociedad contemporánea. El autor sostiene que ambas categorías continúan ejerciendo una influencia movilizadora en la vida social, porque la práctica política es necesariamente una actividad adversal, de contraposición y conflicto, en donde se organiza el mundo sobre la base de la lucha de concepciones y políticas opuestas. Asimismo, sostiene que la distinción entre izquierdas y derechas se ha negado, en general, por aquellos que se encuentran en el hemisferio derrotado del conflicto, hoy en día aquella izquierda confusa sumergida en la contemplación inmóvil de la globalización financiera. En las palabras de Bobbio, "... reconoce la distinción quien está seguro de su identidad, porque, en un universo dividido en dos, la definición de la propia identidad sirve también para definir la identidad del adversario". (1995, pp. 78). Sin embargo la diferencia entre izquierdas y derechas no es sólo una cuestión de polaridad para Bobbio, sino también de un nivel axiológico, al entender a la izquierda comprometida con los valores de la igualdad y a la derecha vinculada a una concepción de la sociedad como inevitablemente jerárquica.

Autores como A. Giddens (1999) concuerdan con la idea de que la distinción entre izquierda y derecha no desaparecerá y que el valor de la igualdad podría ser considerado una suerte de núcleo duro del programa izquierdista contemporáneo; sin embargo subraya los efectos políticos de la reorganización de la sociedad en un orden global, y afirma que con el fin del socialismo como sistema de gestión económica desaparece el más importante principio de distinción de ambas tradiciones.

La mayoría de los teóricos concuerdan que la dicotomía entre izquierda y derecha parecía no ser una nomenclatura adecuada para comprender un conjunto de problemáticas nuevas de las sociedades contemporáneas, y por lo tanto insuficientes para fundamentar teóricamente la recomposición de la acción política. El problema fundamental es que "*desafortunadamente, el abandono de la visión de la lucha política en términos de posiciones antagónicas entre la derecha y la izquierda (...) se ha visto acompañado de la desaparición de toda referencia a apuestas diferenciadas*". (Mouffe, 1999, pp. 17). Sin embargo, no parece derivarse que para enfrentar los nuevos problemas sociales no se requiera de la constitución de posiciones contrapuestas, capaces de establecer una mirada diferente en el clima cultural de inmovilismo y desarticulación que vive gran parte de la sociedad civil a partir de la certidumbre de que el juego de ser contrapoder a terminado.

El escenario de la así denominada globalización ha constituido un tema crítico a la hora de explicar y analizar la recomposición de la política como práctica homogénea y unilateralmente dirigida. En este sentido, la tradición neo-liberal que viene desde el economista austríaco von Hayek y su idea del "*destroncamiento de la política*", nos plantea que la sociedad no existe, o a lo sumo constituye el trasfondo en el que los individuos soberanos se ven animados a acaparar recompensas y a ejercitar derechos, y en la actualidad nos agrega a través de uno de sus pensadores más conocidos, Francis Fukuyama en un artículo en torno a las manifestaciones de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1999, que la globalización no dará marcha atrás, porque la impulsan cambios tecnológicos sin vuelta de hoja (²). Es decir, existirían nuevas leyes históricas que definen que el lenguaje del mercado y la técnica se establecen como las nuevas claves para los consumidores/ciudadanos del siglo XXI. Sin embargo, las lecturas críticas propuestas por la izquierda tradicional también construyen un discurso reificador del estado absoluto de la globalización. Publicaciones como *Le Monde Diplomatique*, por ejemplo, al mismo tiempo que producen sistemáti-

2. Francis Fukuyama, "Un reto para la izquierda". Periódico "El País", pág. 17. Domingo 19 de diciembre de 1999.

camente una valiosa denuncia de la omnipresencia e impunidad del poder financiero internacional, producen un clima psicológico de inmovilidad ante la incommensurabilidad del enemigo³⁾.

Psicosociológicamente, la reconstrucción del escenario político global no constituye un fundamento para que los imaginarios de las sociedades se transformen a un clientilismo o consumismo absoluto. De hecho, se ha establecido empíricamente que las categorías de izquierdas y derechas constituyen referentes significativos en la organización psicológica del mundo político, proponiéndose su vigencia con el complemento de nuevas categorías ligadas a la inmaterialidad, por lo que entendemos con D'Adamo y García Beaudoux que "... el eje material posmaterial no sustituye al eje derecha-izquierda, sino que lo complementa para permitir una organización más eficiente de la realidad política actual". (1999, pp. 215). A pesar de que el programa o ideario teórico de las izquierdas y derechas ya no tienen relación con sus referentes tradicionales, la sociedad civil se representa el mundo organizado en categorías dicotómicas, posiblemente cargadas de más contenido místico y emocional que propiamente teórico, ya que en la vida cotidiana, las sociedades siguen alineándose en izquierdas y derechas. De hecho, si consideramos el caso chileno, si bien es una sociedad que ha modificado radicalmente su sistema de partidos e identificación política, subjetivamente la estructura oposicional se reconstruye a partir de componentes de la memoria colectiva y de las narraciones justificadoras de su propia historia (la dictadura de Pinochet, la violación de los derechos humanos, etc.). Así también, el caso Argentino o Mexicano permiten ver cómo la población recompone la oposición política entre corrupción y decencia; trascendiendo ambos casos los idearios doctrinarios de las izquierdas y las derechas, pero ocupándolas como categorías de distinción y opción electoral.

3. Algunos ejemplos se pueden encontrar en los artículos de Susan George "Libre Comercio y Libertades" en *Le Monde Diplomatique*, Año V n° 49 nov/dic. 1999 pp. 16-17; en la editorial de Ignacio Ramonet "El 2000" en *Le Monde Diplomatique*, Año V n° 50 dic. 1999 pp. 1; y en la crónica de Bernard Cassen "Nacimiento de la Europa SA" en *Le Monde Diplomatique*, Año V n° 56 jun. 2000, pp. 4-5.

En este sentido se puede establecer con Rodríguez Kaath que "la distinción entre derechas e izquierdas políticas es más histórica que lógica y, consecuentemente, tiene un valor nominal, un contenido cambiante, una significación ocasional, y no es una terminología hermenéutica invariable para exponer la historia de la teoría y de la praxis política, ni siquiera en la edad contemporánea". (2000, pp. 6). Y que la verdadera preocupación debe estar puesta en la identificación de las prácticas que recrean esta dicotomía en el estado de fragmentación y discontinuidad de la sociedad contemporánea. Las preguntas de sobre qué está en crisis en las izquierdas y las derechas debería dar paso a preguntas por ¿Cómo se puede entender la multiplicidad y pluralidad de lugares desde los cuales los sujetos contemporáneos, sin necesidad de coherencia, construyen su identidad política?, ¿Cómo comprender las acciones políticas centradas en la argumentación fragmentada que renuncia a cualquier práctica colectivista de emancipación en el contexto de conflictos políticos que fijan nuestra subjetividad a lugares estables? ¿Cómo entender desde múltiples versiones de identidad, los debates y conflictos político-culturales de la posmodernización de los márgenes? Probablemente en el esfuerzo de precisar estas preguntas contestemos con más sentido las preguntas surgidas ante la crisis de las izquierdas y las derechas.

Simulacro y crisis de la política

La Política se encuentra en una encrucijada, la modernización hiperkinética que se lleva a cabo desde la década de los ochenta, ha tenido un conjunto de consecuencias sobre la estructura social y la producción de subjetividad. La emergencia de un conjunto de cambios económicos, sociológicos y culturales en la sociedad contemporánea rompe con la matriz política moderna para dar paso a una nueva pauta simbólica y material de organización de las sociedades⁴⁾.

4. Al respecto ver: Castells, M. (1998) *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*. Vol. 2 "El Poder de la Identidad". Madrid, Alianza Editorial.

Una de las consecuencias sustantivas de este proceso de producción de subjetividad política ha sido una transformación sustancial y no sólo formal del *self*, en tanto sujeto identitario, coherente y potencialmente agente de procesos de emancipación y transformación del mundo; y el anuncio en su contrario, del surgimiento de múltiples sujetos fragmentados y discontinuos, salpicados en la temporalidad de lo microsocioal y lo local. El mismísimo Norberto Bobbio nos señala que uno de los puntos críticos en la transformación política actual es *“la drástica reducción, ya que no la desaparición, del sujeto histórico de los partidos socialistas, la clase obrera”*. (Bobbio, 1993, pp. 87). La pujante clase media se instaura como subjetividad dominante en la política, renaciendo aquel espacio híbrido nunca bien definido del centro como espacio de actuación natural de esta nueva subjetividad, porque más allá de la definición socio-económica de muchos ciudadanos se instaura en las sociedades contemporáneas la identidad del ciudadano/consumidor, inclusive en los sectores que padecen sistemáticamente la pobreza y la exclusión social (5).

Parecería que en este nuevo escenario el sentido de lo social se ha perdido en medio de individuos autistas que habitan un territorio virtual, en el cual los sujetos se visten con los disfraces del consumo, la mercancía y el ciudadano libre. Como nos anuncia el escepticismo de Baudrillard, estamos ante una “hiperrealidad” que domina con sus pulsiones caprichosas a una multitud de seres humanos ignorantes de su condición, ante lo cual no queda nada que hacer, ya que sin víctimas o “cuerpo del delito” nos hallamos ante el “crimen perfecto” (6). En esta sociedad del simulacro, la superficialidad y la pulsión del consumo, se da una nueva forma de universalismo centrado en el individuo como expresión absoluta y funcional de una pauta cultural dominante. Este nuevo orden cultural conecta al nivel de la subjetividad y la intersubjetividad con prácticas

5. Al respecto ver: P. Contreras, O. Cotrales y J. Sandoval (1996) “Representación social de la pobreza en Jóvenes de Valparaíso”. *Revista Proposiciones* N° 27, pp. 91-105. Santiago de Chile. SUR.

6. Al respecto ver: Jean Baudrillard (1984) *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairos. Y (1996) *El Crimen perfecto*. Barcelona, Anagrama.

reificadoras del mercado como el sustento esencial para la fundamentación de todas las formas y estilos de vida, llegando incluso hasta la diosa moderna de la razón, a sucumbir ante sus encantos estéticos, expresados en la imagen de la propaganda y en el consumo.

En esta etapa de lo pospolítico como lo han definido algunos autores, pareciera simularse un mundo en que no hay lugar ni necesidad para la lucha y el conflicto, como nos lo advierte Néstor García Canclini: *“cuando se pierde la distinción entre lo real y lo simbólico, y la pregunta por la legitimidad de las representaciones —cuando todo es simulacro—, no queda lugar para la confrontación razonable de posturas, ni para el cambio, ni por supuesto para la negociación”*. (1995, pp. 182). Desaparece el sentido mismo de la disputa por un proyecto político razonable, es el advenimiento en todo su esplendor de un estado de cosas que se propone la homogeneización a partir de la idea de que todo es imagen: lo social es copia sin ningún original que nos pueda incitar (provocar) a definirnos como una sociedad en que adquiere un sentido constructivo el conflicto político.

Esta sociedad centrada en la apertura económica, la volatilidad financiera, la competencia social y la homogeneización absoluta de lo individual, deviene en un clima psicológico de malestar. Por ejemplo en el Informe de Desarrollo Humano en Chile de las Naciones Unidas (PNUD, 1998), se describe como la sociedad chilena ha tenido un nivel sostenido de crecimiento económico, al mismo tiempo que se ha instaurado en su población, un difuso malestar colectivo ligado al miedo al otro-diferente, a la exclusión y al sinsentido. Si bien en el nuevo informe del año 2000 (PNUD, 2000) el malestar se intenta interpretar como un potencial indicador del anhelo escondido de la población por la integración social, parece plausible sostener que la gran escisión entre modernización y subjetividad establecida en el año 1998 aún constituye la base de los efectos paradójicos de un crecimiento “esquizoide” en la sociedad chilena. Esta cultura del malestar sostenida sobre la manipulación de las necesidades y los deseos como mercancías, de la banalización del sufrimiento y la violencia, y la homogeneización comunicacional de los medios de masa, configuran un espacio aparentemente inmodificable a partir de la muerte de aquel sujeto colectivo capaz de reconstruir la solidaridad a partir de la acción voluntariosa de una vanguardia racional.

De hecho, la tendencia psicosociológica de resignificar la existencia personal sobre la base de una suma de pequeñas razones que nunca logran sumar una razón total, tienden parcialmente a conjurar la pérdida de esos referentes meta-históricos disueltos con la crisis de las izquierdas y las derechas. Casi sin darse cuenta miles de ciudadanos de múltiples urbes cada día, sustituyen el programa único de la ideología por pequeños "programitas" que se sacan y se ponen según la ocasión: el crecimiento personal, la tecnocracia, el tarot, el reconocimiento social, la transgresión moral, la moda, etc. Sin duda que sin revolución ni contrarrevolución, la vida contemporánea pierde la virtualidad de ser una epopeya; y la posibilidad de formular asertivamente las preguntas por los criterios para dirimir los polos de la confrontación política, se transforman más que un problema de viabilidad coyuntural en un drama de imposibilidad cultural.

Sin embargo, por debajo de la sociedad del simulacro existen expresiones discontinuas de vinculación y acción entre sujetos múltiples, que reconstruyéndose sobre espacios de conflictos coyunturales devienen en movilizaciones sociales relevantes, no con el afán de anunciar la apertura de las grandes alamedas para que pase el hombre libre (7), pero sí para permitir el paso de la multiplicidad de formas de sentir y vivir que históricamente la noción esencial de clase social excluyó del discurso de la redención socialista (8). La diversidad de lugares por donde transitan los sujetos que cotidianamente fracturan la estética perfecta de la sociedad del simulacro (los sin

7. Referencia al último discurso del Presidente Salvador Allende, pronunciado durante el bombardeo del Palacio de la Moneda, el 11 de Septiembre de 1973.

8. Refiero al hecho de que la acción política tradicional en el Continente Latinoamericano se inscribió históricamente en un contexto de encuentro de materialidades y subjetividades absolutamente disímiles, en donde las apoteósicas experiencias obreras anarcosindicalistas y comunistas de la Europa del siglo XIX, no sirvieron siempre como claves de orientación política eficiente para agricultores mapuches o mayas, para plantadores de tabaco afrocubanos, para artesanos altioplánicos, para cultivadores kechuas de la coca, y en general para un gran bajo pueblo mestizo (como lo denominan los historiadores), que en gran parte del continente no constituía, ni psicológica ni sociológicamente, un proletariado dispuesto a su redención.

tierras en Brasil, los okupas en España, los sin papeles en Francia, los Zapatistas en México, los Mapuches en Chile, etc.), nos obligan a pensar los conflictos contemporáneos a través de la incorporación de otras subjetividades y de otros territorios para la recreación de los sentidos de lo político.

Nuevas identidades y acción política

La reconstrucción del antagonismo de lo político que en otra encarnación las izquierdas y derechas, sólo es posible si se parte de la idea del agotamiento del discurso del sujeto único y sustancial de la historia (la clase obrera) y se reconoce la reconstrucción del conflicto desde múltiples sujetos con fundamentaciones de su identidad también múltiples. Lo político, como nos señala Chantal Mouffe (1999), refiere al antagonismo manifestado en la diversidad de las relaciones sociales que apuntan al establecimiento del orden, y que se proponen organizar la siempre conflictiva coexistencia humana. La reconstrucción contemporánea de lo político pasa necesariamente por la recuperación genealógica del "pólemos" (el conflicto y el antagonismo democrático) por sobre la obsesión clásica de privilegiar la "polis" (vivir conjuntamente en un consenso que niega la práctica fundamentadora del pluralismo). En palabras de Mouffe: "*el objetivo de una política democrática no reside en eliminar las pasiones ni en relegarlas a la esfera privada, sino en movilizarlas y ponerlas en escena de acuerdo con los dispositivos agonísticos que favorecen el respeto del pluralismo*". (1999, pp. 14).

Estas prácticas de reconstrucción del antagonismo sólo se pueden formular a partir de una perspectiva teórica antiesencialista de la identidad política. Cuando hablamos de identidad en el contexto del debate de lo político, identificamos dos repertorios teóricos: aquellos que piensan que existe algún contenido intrínseco esencial en toda identidad que se destine por su origen, que ha venido a denominarse genéricamente esencialistas; y aquellos que niegan la existencia de identidades originales e inmutables y las interpretan como el fruto de la contingencia de las relaciones específicas, y que se denominan antiesencialistas. Pareciera no ser plausible sostener, en el contexto de este ensayo, el que las identidades correspondan a contenidos esenciales y resultaría por el contrario más útil entender la

identidad como una construcción en el discurso, la materialidad y la espiritualidad de una tradición. Ante todo, la identidad surge dentro de una compleja red de prácticas de poder, de manera que constituye, con mayor dramatismo en el continente latinoamericano, un producto del señalamiento de la diferencia y la exclusión, más que signos o señas de una unidad identitaria naturalmente constituida.

Por ello, una práctica de análisis de las identidades políticas no puede centrarse en una búsqueda naturalizada de los contenidos supuestamente esenciales, estables y constantes de las comunidades movilizadas en las acciones políticas. Como nos señala Néstor García Canclini (1995), la identidad aparece dentro del análisis social contemporáneo, no como una esencia intemporal, sino como una construcción imaginaria, lo que nos lleva a afirmar con Cairo que: *“la identidad no existe ahí fuera, de forma independiente; la estrategia intelectual de buscar la identidad esencial es estéril, sólo nos podemos acercar a entender los procesos, nunca finitos, de su construcción”*. (2000: 108-109). Esto nos invita a marcar un quiebre con la noción de una identidad personal autista referida a un conjunto de rasgos totalmente personales e internalizados por los sujetos a partir de sus exclusivas experiencias biográficas; incluso nos hace tomar distancia de la posición psicosocial de autores como Tajfel, desde la cual se podría marcar una distinción efectiva entre una identidad individual y sus aspectos sociales derivados de la pertenencia categorial a los grupos. Por el contrario, esta visión dinámica nos permite incorporar en el análisis político la noción psicosociológica de que la identidad personal es siempre una identidad social sujeta a los procesos de estructuración del mundo cultural, perspectiva fundamental en la ponderación de la autonomía del sujeto/ciudadano, nunca negada en el esfuerzo de hacer una psicosociología de la identidad, pero sí fijada dialécticamente a un contexto simbólico, a partir de cuyo sistema de reglas se constituye el sujeto autónomo.

Desde aquí que resulte útil considerar con autores como Laclau (1996), Mouffe (1999) y Cairo (2000), entre otros, la noción de identidad política como un proceso de identificación social, al considerar que el término “identificación”, por sugerir proceso y transformación, adquiere más sentido para nombrar al sujeto/ciudadano contemporáneo que la noción de “identidad” y su rasgo de estabi-

lidad, interioridad y coherencia. Es decir: al no existir fundamento natural que funde una identidad política en el sentido fuerte del término, resulta necesario entender el proceso con el dinamismo y movilidad propio de las formas y prácticas políticas contemporáneas, adecuándose a los procesos de variación y multiplicidad que viven los procesos de identificación. Somos hombres y mujeres, trabajadores y profesionales, consumidores y vendedores, administradores y funcionarios, todo al mismo tiempo y a través de diferentes contingencias contextuales; es decir: somos lo público y lo privado, lo interpersonal y lo mediático, en definitiva somos ese espacio de hibridez en el cual se disuelve y construye dialécticamente lo individual y lo colectivo (9).

Una concepción antiesencialista de la identidad política implica necesariamente entender cómo se articulan en esta dialéctica de lo individual y lo colectivo, los niveles discursivos de lo global y lo particular (lo moral y lo político), ya que un tipo de interpretación peligrosa que se puede derivar de este debate es la creencia de que a partir del cuestionamiento de cualquier fundamento esencial que nos oriente en lo político, se deba renunciar al debate público y remitirse a la recreación de prácticas de pura supervivencia política, automarginadas de cualquier esfuerzo de construcción de una estrategia de poder. Parecería que un problema a superar en la reconstrucción de la práctica confrontacional de lo político es la radicalización de algunos argumentos del particularismo y el antirracionalismo posmoderno de las así denominadas “políticas de identidad”, que bajo determinados contextos se han traducido en un inmovilismo político al privilegiar un puro activismo microsocioal (Hobsbawm, 2000). La renuncia a cualquier sentido de lo colectivo se constituye en una dificultad insalvable a la hora de reconstruir el antagonismo en la práctica política, al promover experiencias de particularismo altamente funcionales para el estado global.

Como nos señala Ernesto Laclau (1996), la alternativa del particularismo radical queda cazado a un dilema paradójico, debido a

9. Una de las lecturas más lúcidas sobre esta cuestión está en N. García Canclini (1990) *“Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad”*. México, Grijalbo.

que al mismo tiempo que se compromete con las luchas internas por reformar los marcos institucionales en distintos sectores de la sociedad, renuncian a cualquier vinculación con esas tradiciones formales no logrando que sus reivindicaciones puedan ser articuladas en ninguna operación hegemónica, es decir, en ninguna acción de construcción de poder. La multiplicidad de experiencias de resistencia o denuncia, desparramadas por el mundo sin ninguna capacidad de vincular ni a los círculos más cercanos de los propios protagonistas, constituye ese tipo de particularismo que obvia la necesaria construcción psicológica de un proyecto que realmente trascienda los códigos de la sociedad del simulacro, el cual por definición no se puede desvincular de una tradición cultural en la cual se desarrolla como visión del mundo.

De este modo, la reconstrucción de la práctica oposicional y antagonista de lo político requiere superar la contradicción entre lo particular y lo colectivo, a través de la re-elaboración de un modo más complejo de las metáforas a las que se recurre en la vida cotidiana para designar los cambios en las maneras de hacer lo que llamamos cultura, los modos para comunicarse con los otros diferentes o con los que se imaginan semejantes, y las formas de construir las representaciones de lo propio y lo ajeno. Mirar y escuchar los ejercicios de hibridez cultural y "travestismo" político que operan en la discontinuidad de lo cotidiano, parecerían ser los primeros ejercicios de reconocimiento que nos demandan las actuales confrontaciones de lo político, por lo cual, el recuperar las metáforas de los conflictos que desde la cotidianidad hablan de la globalización, no se propone para evidenciar su precariedad como discurso crítico, sino, como nos señala Néstor García Canclini, para mostrar como "*... en lo que se dice sobre lo global se manifiestan de manera extrema, las indeterminaciones de lo social. Las operaciones metafóricas pueden ser leídas como alusiones a lo que no se deja atrapar por conceptos unívocos, a lo que vivimos y está en tensión con lo que podríamos vivir, entre lo estructurado y lo estructurante*". (1999, pp. 57-58). Es desde este espacio sin territorio fijo y con subjetividades en constante cambio desde donde se debe re-comprender a los actuales contendores de la lucha política que hemos denominado históricamente como de izquierdas y derechas.

De este modo, el rechazar al ethos de la identidad de clase como sujeto único y trascendente no implica negar que en el conflicto político establecemos posiciones, no es posible negar que hablamos desde una tradición. El que abandonemos el uso justificador de los metarelatos para elevar nuestras opiniones políticas al estatus de verdades absolutas, no significa que abandonamos la actitud de argumentar nuestras posiciones como más prácticas, éticas o bellas. El que no creamos posible establecer un criterio cosificador, externo y objetivo para dirimir los conflictos éticos y políticos, no significa que debamos dejar de creer que es posible reconocer la legitimidad y plausibilidad de las ideas en función de un saber compartido por una tradición. En definitiva, el que no sea posible reconocer con claridad polos reificados en el conflicto político contemporáneo no significa que debamos renunciar a la actitud controversial y antagonista básica y fundante de lo político.

Por el contrario, pareciera estar en este abanico de abandonos y rechazos, y en las posibilidades de mirar otros territorios que permite estos desprendimientos, el que se pueda vivir en espacios y sentidos por fuera de los márgenes de la sociedad del simulacro, construyendo vinculaciones y coordinaciones en el ámbito de lo pequeño sin dejar de pensar en lo global. El sentido que hace explícito el conflicto está en los sujetos con rostros banalizados en los periódicos y la TV, está en las minorías y las mayorías no incluidas en los iconos de identidad de individuos homogéneos, está en la hibridez cultural, étnica y sexual que rebasa la pureza y la moral, está en el conflicto permanente que varía sus formas y que nos enseña que ya no existen a priori ni buenos ni malos, pero que en cada conflicto, en cada coyuntura, en cada lugar, estamos obligados a definir(nos) como lo hicieran hace más de 210 años los delegados de la asamblea constituyente de Versalles, entre los de aquí y los de allá.

REFERENCIAS

- BOBBIO, N. (1993) "La izquierda y sus dudas". En Bosetti, G. "Izquierda Punto Cero". Barcelona, Paidós.
BOBBIO, N. (1995) "Derecha e Izquierda". Madrid, Taurus.

- CAIRO, H. (2000) "Jano desorientado. Identidades político-territoriales en América latina". LEVIATAN Revista de Hechos e Ideas N° 79, pp. 107-119.
- D'ADAMO, O. y GARCIA, V. (1999) "Derecha e izquierda: ¿Dos cajas vacías?". En Oblitas, L. y Rodríguez, A. "Psicología Política". México, Plaza y Valdés Editores.
- GARCIA CANCLINI, N. (1995) "Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización". México, Grijalbo.
- GARCIA CANCLINI, N. (1999) "La Globalización imaginada". Buenos Aires, Paidós.
- GIDDENS, A. (1999) "La tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia". Barcelona, Taurus.
- HOBSBAWM, E. (2000) "La izquierda y la política de la identidad". New Left Review: N° 0, pp. 114-125.
- LACLAU, E. (1996) "Emancipación y diferencia". Buenos Aires: Ariel.
- MOUFFE, Ch. (1999) "El retorno de lo político". Barcelona, Paidós.
- PNUD (1998) "Desarrollo Humano en Chile 1998. Las Paradojas de la Modernización". Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- PNUD (2000) "Desarrollo Humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro". Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- RODRIGUEZ KAUTH, A. (2000) "Izquierda y Derecha en Política". Apunte inédito. Universidad de San Luis. Argentina.

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA *

La conversación junto a la hoguera

AGUSTIN SQUELLA **

1

"Capitalismo y democracia" se llama este nuevo ciclo de conferencias del CEP al que he sido invitado a participar. Un título que reúne dos palabras que podemos considerar importantes, cualquiera sea el grado de adhesión que reciban esas mismas dos palabras, o sea, el sistema económico y político que respectivamente designan. Por lo mismo, mi primer impulso en este caso, como me ocurre casi siempre, fue abalanzarme sobre ambas palabras e iniciar una de esas travesías analíticas a las que soy tan proclive y en las que me siento tan a gusto, aunque no por ello pueda concluirse que alguna vez haya tenido éxito en semejante manera de encarar mi participación en debates públicos como éste.

A ese filósofo liberal entrañable y algo escéptico que fue Isaiah Berlin le preguntaron cierta vez en un programa de televisión si acaso los filósofos contemporáneos no se habrían perjudicado por lo que respecta al mercado de sus lectores al hacer del análisis del

* Intervención del autor en el Ciclo de Conferencias del mismo título, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 30 de agosto de 2001.

** Profesor de Introducción al Derecho y de Filosofía del Derecho. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.